



Pero parecía que sí. Que aquellas cosas tenían mucha importancia en la mentalidad rural de aquellos años en los que la honra, y sobre todo las apariencias, estaban por encima de muchas necesidades.

Martina Zamorano de la Vega *la de la tía Piquica*, animaba a unas y a otras a presentarse al supuesto casting. Su mentalidad de mujer de ciudad, vivía en la calle de la Fuente del Berro, de Madrid, y en cierto modo su conocida disconformidad con algunas situaciones, la permitía decir en voz alta lo que otras mujeres silenciaban. Claro está que Martina, como decían las vecinas, al final del verano volvería a Madrid, pero quienes vivían en el pueblo tendrían que sostener la mirada de quienes las criticasen a lo largo del año. Cuando se encontrasen en la panadería, en la tienda, en la fuente, en el lavadero...

A Guadalupe Mínguez, la mujer de Fausto el Vaquero, no hizo falta que la animasen, porque le daba igual lo que otros pensasen, además se prestó, cuando conoció que Katharine Hepburn viviría en el pueblo, a hacer los oficios de aquella casa.

De ese calibre había muy pocas. La mayoría de las mujeres que se animaron a dar el paso, y su nombre para trabajar en la película fueron de los barrios de Portacaballos, San Gil y el Santo Cristo; del entorno de la plaza –la alta sociedad-, al principio se lo tomaron con calma; después la lista se ensanchó hasta llegar a la cifra que anteriormente citábamos. Y aun así, el número de mujeres de Atienza que se animaron a ser “*troyanas*” de película, y que fueron aceptadas para trabajar en ella, fue insuficiente. Se requería en el primer Bando municipal, estar comprendidas entre los 15 y los 50 años, posteriormente se aumentó la edad a los 20, ante las dificultades impuestas por algunas familias. Curioso es hacer un repaso de la lista de primeras inscritas, junto a cuyos nombres se leen anotaciones como: “*tendrá que consultar con el marido*”; o “*pedirá permiso*”.